Álvaro Simões

Sebastián Manuel Gallego Morales

Álvaro Simöes

Vision Libros

ÁLVARO SIMÖES
© Sebastián Manuel Gallego Morales
sebastianmanuelgallego@hotmail.com
© Editorial Vision Libros
Calle San Benito, 21, Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-794-7

Depósito legal: M- XXXXXXX

Fotografía: Luís Agudo

Diseño de la cubierta: Marian González
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: P. Soler. Telf.: 666 910 549

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones. C/ Magnolias, 35 Bis, Local.
28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni registrada sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A mis hermanos

Índice

Páginas

1. El accidente 11
2. Una postal en Navidad 23
3. El bufete 33
4. La carretera 45
5. Mmemla 57
6. La investigación 67
7. Los apartamentos 79
8. Un nombre 87
9. El informe policia 97
10. Doble juego 109
11. Las cacerías 117
12. Los indicios 129
13. Las piedras de Mmemla 139
14. Pruebas del delito 149
15. Una cena entre amigos 159
16. Agradecimientos 169
17. La decisión 175

1. El accidente

No hube de esforzarme mucho para recordar aquella mañana del último domingo del mes de Agosto en la que decidí ir a Serón a saludar a un buen amigo que había quedado en presentarme a unas chicas de aquella localidad.

—Tú no puedes seguir así. Me había dicho un par de veces. Verás qué muchachas hay en mi pueblo. Vente un día y te presentaré alguna de ellas. Y hacia allá me dirigía aquella mañana.

La *Vespa* iba a la perfección y era mi medio de desplazamiento, la mañana era aún fresca, aunque siempre el mediodía era insoportable por el calor. Así es el verano en Baza. Salí temprano, pero más temprano aún parece ser que salió el turismo extranjero que se había pegado un morrocotudo leñazo en los pretiles del puente del río Valcabra.

Desde la salida de la curva de Caniles lo había visto ante mí, iba a mucha velocidad y mi primer pensamiento fue "se la pega" y claro que se la pegó, sentí el ruido sordo del golpe del guardabarros y rueda delantera en la enorme piedra del pretil.

El coche se había quedado empotrado, no en la primera piedra sino en la segunda, su velocidad le impidió hacer bien el giro para entrar en el estrecho puente.

Paré la moto y me acerqué al coche accidentado, era un Chrysler, descapotable, con matrícula extranjera. Era ocupa-

do por dos personas, un hombre y una mujer, y ambos estaban heridos.

La puerta del lateral, la del conductor, la pude abrir fácilmente y saqué el hombre que tenía la cara, la frente y la nariz sangrándole. Se dolía del pecho. Quería decirme algo así como —ella —ella—, yo lo dejé a él sentado en el margen izquierdo de la carretera, apoyado en uno de los pretiles del puente.

La mujer me estaba costando un poco de más trabajo, estaba reclinada en el salpicadero, le veía sangre por toda la cara, pero al intentar tirar del brazo sentí que se quejaba.

Metí parte de mi cuerpo en el coche para cogerla por los hombros, cuando noté a mi lado una persona que me decía, no la fuerce, espere que me pase atrás y desde allí le ayudo.

Tan obcecado estaba en sacar a la mujer que no me había percatado que una furgoneta se había parado, detrás de nosotros y uno de los ocupantes me estaba ayudando, mientras el otro atendía al hombre.

Mientras sacábamos a la mujer del turismo oí decir a la persona que me estaba ayudando, "es negra". Los vamos a llevar al hospital de Baza. Nos acompaña usted que los ha encontrado.

—¡Claro que sí, los acompaño!

Es que luego hay problemas con los guardias y nosotros no queremos saber nada, de forma que los dejamos en la puerta del Hospital y usted se hace cargo de todo.

—¿Le parece bien?

Claro que me parecía bien.

Pasamos a la furgoneta el equipaje que iba en el turismo. Sentaron a los heridos en el propio suelo de la furgoneta, uno de los hombres se sentó junto a ellos al lado de unos sacos de patatas y emprendimos el viaje a Baza.

Yo venía delante con mi moto.

No querían problemas, ni declaraciones, ni papeleo, a pesar de lo humanos que se portaron, pues cuando veníamos hacia el Hospital, pararon a un tractor que se comprometió a retirar el coche del puente para que siguiera la circulación normal.

Salieron las monjas del Hospital a ayudarnos a bajar a los heridos, luego que dejaron el equipaje en el portal, los dos ocupantes de la furgoneta, se despidieron de mí con un fuerte apretón de manos.

—Usted se encarga de todo. ¿Verdad?

—Claro que sí, yo me encargo de todo.

Arrancaron su vehículo y se marcharon.

Primero con las declaraciones ante la oficina del Hospital, luego ante la Guardia Civil, después las mismas en el Juzgado, he comprendido, y bien, por qué estas buenas personas no querían saber nada del accidente.

Ni siquiera que habían sido unos buenos samaritanos.

Salieron unas camillas hasta la puerta del hospital y los adentraron, yo quedé en el patio sentado en uno de los bancos.

A ambos heridos los llevaron a la sala de curas y al quirófano, allí estaba el Doctor Navarrete, que tras hacer su examen y cura, salió para decirme que el hombre estaba bien, multitud de heridas en la cara, pero leves, lo iban a sacar ya mismo, una vez que le fajaran las costillas, pues dos se le habían fastidiado tenían que dejarlo encamado, en observación.

Pero que la mujer, había perdido el hijo que esperaba, le iba a hacer un legrado el ginecólogo, y estaban esperando que llegara el doctor Martínez Mancebo, que ya estaba avisado. La mujer había perdido mucha sangre, también tenía lesionado el brazo derecho y la frente, que él ya le había curado, pero que eso era lo de menos, la pena es que había perdido al hijo que esperaba.

Por el hombre tenían que pasar más de cuarenta y ocho horas, para saber si tenía algo más que no se hubiera apreciado en este primer examen.

Hube de contarle toda la historia de cómo los encontré y dónde tuvieron el accidente y se dieron el porrazo.

Ahora, si te parece bien, me dice el doctor Navarrete, te pasas por la oficina y haces una declaración de dónde y cómo has encontrado a estos heridos, la misma que me has explicado a mí. Han de hacer una ficha con todo esto.

Esto es lo que querían evitar los de la furgoneta, y con lo que hube de apechugar en días sucesivos.

El papeleo quedó incompleto, pues yo no sabía ni nombre, ni nacionalidad, ni nada de nada de aquella pareja, de forma que volví a sentarme en el banco que ya conocía junto a la entrada al quirófano y una monja me dijo:

—El hombre ya está en la habitación 12, si quiere usted ya puede visitarlo.

Tenía la cara totalmente vendada, solo le habían dejado visibles un ojo, los oídos y la boca. Sí noté una sonrisa al verme, y un intento de alargarme la mano para saludarme, por lo que me acerqué a él y le di mi mano en la que noté el apretón cálido de la suya.

Hablo y entiendo un poco el español, le doy mil gracias, fueron sus primeras y entrecortadas palabras.

—Por favor. ¿Cómo está ella?

—Le están aún atendiendo los médicos pero está bien, dije sin vacilar.

—Le tendrán bien informado las monjas y los médicos. Ahora si usted me lo permite, deseo que me dé sus datos y los de su señora, para rellenar las fichas de este hospital.

—Las mías tómelas de mi documentación que la han puesto en el cajón de esta mesita de noche. Puede llevarse la documentación y luego me la devuelve.

—Ahora, le pido a usted me haga este otro favor: ¿puede encargarse de que retiren el coche y lo lleven a un taller para su arreglo?

Era domingo, pero me fue muy fácil el ir a casa de Paca la de Moreno, quien me indicó que su hijo Pepito, estaba en el taller, pero que tocara fuerte en la puerta pues estarían trabajando con la puerta cerrada. Tras varios golpes, en el portón, me abrió el "techos" que era su ayudante.

Le expliqué a Pepito el caso y en el acto salimos con la camioneta Ford para el puente de Valcabra a retirar el coche siniestrado, y que lo guardaran en su taller.

Cuando pasé nuevamente por el Hospital eran casi las doce, las madres me dijeron que ambos heridos estaban durmiendo, por lo que dejé la visita para la tarde.

Me acerqué al taller a recoger la documentación del coche por si me pedían datos del vehículo, y aparte de ella Pepito Moreno me entregó un neceser de señora, que había encontrado a los pies del asiento del ocupante.

Estaba todo manchado de sangre.

Allí también encontré la documentación de la acompañante.

De toda la documentación que tuve en mis manos, en la que había pasaportes y varios documentos civiles y militares, sólo recordaba el que llamaba Álvaro Simöes, tenía varios nombres más en sus documentos, pero no sabía si eran nombres o apellidos, el tiempo no me familiarizó con ellos.

De la de la mujer, sólo recuerdo un largo nombre que empezaba con "emes", y terminaba con "la". Era de la provincia portuguesa de ultramar, Mozambique. Cuando me pedían el nombre yo me limitaba a entregar el pasaporte. Nunca lo aprendí. Él le decía algo que sonaba a "memla,"así la llamé yo y así me atendía aunque hablaba bien poco o

nada el español y daba sensación de que tampoco mucho el portugués.

Cuando llegué a verlos por la tarde, al primero que encontré fue a Pepe Langa, practicante adjunto al doctor Navarrete, recuerdo que me dijo: — ¡Has visto los ojos de la mujer! Vaya ojos que tiene ¡son verdes!, es una belleza. "Los ojos son como dos esmeraldas". He estado con don José y con Emilio Hortal en el legrado que le ha hecho, es una pena que haya perdido el feto.

No me había fijado aún en el rostro de la mujer, pero cuando la tuve ante mí reconocí que era una verdadera belleza, más alta que yo y con unos ojos verdes que hacían más atractiva su cara. Lástima que tuviera parte de la frente entre vendajes.

Lloraba, y unas gruesas lágrimas blancas caían lentamente sobre aquella piel tostada natural, que no negra, como me había dicho el hombre que me ayudó a sacarla del turismo.

Recuerdo que cuando Álvaro Simões me preguntó a qué me dedicaba, le entregué una ostentosa tarjeta en la que había puesto mi nombre, y bajo el mismo: «Licenciado en Derecho y perteneciente al bufete Echeverría de esta ciudad.»

Ganas de figurar, pero así era de joven.

—Puedo pagar sus servicios, si usted permite que le contrate durante los días que esté en esta ciudad. Aparte de llevarme todo el papeleo, por causa del accidente, precisaré operaciones en bancos, telégrafos u otras entidades, o en cuestiones menores.

—¿Le parece a usted bien?

—Después no le discutiré nunca su minuta.

Acepté en el acto, pero su primer encargo fue como si se dirigiera a un ordenanza.

—Compre usted mañana y todos los días en que esté hospitalizado la prensa, y un ramo de flores para mi acompañante.

Yo había visto entre sus documentos carnet de militar de alta graduación, y no me extrañó su modo de pedir las cosas, estaba habituado a mandar.

A la mañana siguiente le llevé el diario Ideal, y un ramo de flores.

Ya lo había ojeado yo y no decía nada del accidente. Nunca decía nada de Baza.

Aquella mañana encontré novedades, pues los habían puesto a ambos accidentados en la misma habitación. Les habían llevado también un biombo, pero éste estaba arrimado a la pared.

Se notaba que el dinero había corrido por entre los pasillos del viejo hospital.

Noté en ambos la alegría de volver a verme.

Sobre la mesita de noche había un cheque de veinte y cinco mil pesetas al portador contra el "Banco do Espíritu Santo" en su sucursal de Madrid.

Esto es para que pueda disponer de fondos. Fue su frase al entregármelo.

Don José Moreno, el padre de Pepito, me hizo un presupuesto de reparación, de unas diez y siete mil pesetas, más lo que valiera el foco, que tenían que pedirlo a Murcia, y a éste se le unía el presupuesto del chapista "Maestro Salvador Hinojosa", de unas nueve mil pesetas, tenia sus talleres en la Carretera a Benamaurel, pero se acercó a ver el coche al taller de don José Moreno para valorar el daño.

Los dos presupuestos iban muy bien detallados. Cuando se los entregué para que les diera el visto bueno, solo comentó, ha sido un buen golpe, pero hemos tenido suerte, hemos salvado la vida.

Al tercer día a ella le habían quitado las vendas de la frente, vi entonces que era una mujer guapa, muy guapa, a pesar de la tristeza que la invadía en aquél momento.

A él más de la mitad de las vendas de su cara también les habían sido quitadas y le habían afeitado. Tenía bigote, era la primera vez que reparaba en ello.

Vistos así uno junto a otro también noté que entre ambos había una diferencia de edad, más que la normal entre matrimonios, ella sería como unos veinte años, o quizá más, más joven que él.

Dio la conformidad a los presupuestos, que examinó una y otra vez, y me rogó que les metiera prisa, a la vez que me extendía un cheque nominativo a favor del taller de mecánica y otro a favor del chapista. Solo se abona ahora el cincuenta por ciento de los importes y el resto se liquidará al finalizar el trabajo.

Así lo hice, pidiendo celeridad en los trabajos de reparación y chapa.

Los días se sucedieron con normalidad.

Cumplía el rito del periódico y del ramo de flores, algunos telegramas a Lisboa, y poco más.

Pasaba con ellos algunas horas todos los días, breves visitas las de la mañana, al entregarles el periódico y las flores y largas las que les hacía en la tarde.

Lo que sí me costó un poco fue el aclararles que aquí en España, a quienes tenemos una carrera, no se nos llama "doutores", como en Portugal, y que solo a los médicos se les llama "doctor". Aquí se nos llama, a los profesionales de derecho "letrado" o licenciado.

Así lo entendió y anotó en su agenda "Letrado o Licenciado", me lo enseñó y le di mi conformidad, así nos entendíamos mejor.

Para mí era violento que delante de las monjas me llamara "doutor".

A veces cuando ya no había temas de conversación me pedía que le hablara de mí. Preguntaba por mis estudios, mi